

EL PAPEL DEL PROFESIONAL EN CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN EN EL SIGLO XXI

Blithz Lozada Pereira¹

El tema sobre el que vierto mis opiniones, me parece extremadamente complejo y amplio. Por una parte, encuentro que hay un deseo de explicitar un diagnóstico de la realidad actual del perfil profesional que se desarrolla en la Carrera de nuestra Facultad. En este sentido me parece muy apropiado construir un diagnóstico colectivo a partir de las apreciaciones de docentes, estudiantes y de los distintos sujetos de la comunidad educativa a la cual sirve dicho profesional.

Me parece que es muy conveniente que los juicios de hecho sobre lo que es el egresado y el licenciado de las Ciencias de la Educación, hay que construirlos a partir de las opiniones de las autoridades, de los profesores y estudiantes, y a partir de la valoración de los destinatarios que ven el producto de dicho trabajo profesional. Me refiero por ejemplo, a los alumnos del sistema formal para quienes se elaboran planes y programas de estudio, me refiero a los beneficiarios de ONG en las que trabajan pedagogos y educadores, en fin, hablo de un amplio universo de personas que están no sólo autorizadas, sino tienen absoluta legitimidad, para señalar las fortalezas y debilidades de los profesionales de Ciencias de la Educación.

De mi parte, tanto en el Instituto de Estudios Bolivianos, que actualmente dirijo, como en otras instancias facultativas y del mercado profesional, he encontrado que en la mayoría de los pocos casos que conozco, tales profesionales han mostrado lo que para mí es fundamental en el mundo en el que vivimos; no sólo cierta pericia técnica referida por ejemplo, a la elaboración de un programa curricular, al diseño de seguimiento, evaluación y acreditación académica; sino la conciencia clara de las condiciones sociales, políticas y económicas en las cuales se despliega todo proceso educativo. Que un profesional prescindiera hoy día de tomar posición al respecto o que sobrevalore sólo el aspecto técnico de su trabajo, me parece no sólo un descuido, sino un aberrante resultado de un proceso de

¹ El autor del presente artículo es Director del Instituto de Estudios Bolivianos de la Universidad Mayor de San Andrés.

formación superior que olvida los principios de la universidad pública y autónoma. En esto, en consecuencia, encuentro la más destacada fortaleza de dichos profesionales.

Señalar este aspecto me obliga a hacer referencia a otro. Si la principal fortaleza de esta Carrera es el estímulo de una formación crítica, con posición ideológica y política; correlativamente veo que la más notoria debilidad es la ausencia de profesionales de Ciencias de la Educación en campos que según entiendo, son de su competencia. Esto sin duda está vinculado a la escasa cantidad de titulados que según sé, no pasa de una veintena desde la fundación de la carrera y a la enorme brecha entre el número de egresados y quienes obtienen la licenciatura.

Estos juicios en mi opinión, sirven para establecer políticas académicas, referidas por ejemplo, a las modalidades de graduación, a la validación de pasantías y al reconocimiento de prácticas profesionales que redunden en beneficio no sólo social y colectivo, sino académico e individual. En fin, de cualquier modo, espero que con un significativo incremento del porcentaje anual de licenciados en la carrera, los campos de competencia de tales profesionales, incluso dentro de la universidad, serán no sólo ocupados por ellos, sino también creados.

En mi criterio tales campos son, por ejemplo, cursos de postgrado para el mejoramiento de la enseñanza primaria, secundaria y de tercer nivel; realización de investigaciones y elaboración de propuestas universitarias para la homogénea aplicación en instancias técnicas de reconocimiento, convalidación y aval de títulos profesionales, programas de estudio, organización curricular, etc. También me parece que otras instancias de la universidad reclaman la participación de tales profesionales, pienso por ejemplo en el Colegio San Andrés, la Televisión Universitaria e incluso instancias como el Instituto de Desarrollo Regional y las unidades encargadas de la formación de recursos humanos.

Decía que la temática que nos ocupa es considerablemente amplia y compleja. Aparte de los juicios de hecho que se pueden verter en relación a experiencias personales vividas con profesionales de la carrera, juicios que tienen sin duda un componente emocional y valorativo; hay un aspecto sobre el que voy a centrar mi atención en este artículo: hablo de lo que en mi criterio *debe ser* el profesional titulado de la Carrera de Ciencias de la Educación.

He señalado que en una considerable cantidad de profesionales que conozco de Ciencias de la Educación en nuestra facultad, aunque dicho conocimiento haya sido bastante superficial, he advertido un aspecto que para mí es fundamental para una apreciación profesional: su conciencia política, su posicionamiento ideológico y su interés por contextualizar históricamente a la educación que querrían contribuir a desarrollar. Si es así, pienso que tales profesionales tienen una base formativa que es necesario trabajar más, discutir mejor y desplegar de modo que las efectivas potencialidades de su trabajo en educación, se conviertan en una realidad, no sólo para ellos, sino especialmente, para la población destinataria. A tal discusión es a la que quisiera contribuir con mis modestas opiniones.

Me parece que los discursos sobre educación se han convertido en un pretexto para construir frases altisonantes que encubren la realidad histórica que vivimos que aparece como una realidad insustituible para el siglo XXI. Si bien considero que es muy difícil que cambien los rasgos principales de esta realidad, también tengo la esperanza de que esto se produzca precisamente a partir de ciertas orientaciones educativas que los profesionales de esta disciplina, en mi opinión, están llamados a explicitar.

En este sentido, la paradoja que inquiere sobre quién educa a los educadores, creo que puede resolverse si los propios educadores -con la orientación de los especialistas en Ciencias de la Educación obviamente- adquieren conciencia sobre las circunstancias históricas y políticas en las que viven y motivan a reproducir una actitud existencial de rechazo y liberación. En la medida en que los educadores sean personas que motiven el espíritu crítico, formarán a los alumnos de manera integrada; en la medida que empleen la educación como el principal instrumento para impulsar la acción de los individuos, construirán una sociedad mejor. Todavía es posible pensar que la humanidad puede construir un mundo de justicia, equidad y realización humana para sí misma y para la mayoría de las personas.

Desde los años sesenta, entre los intelectuales vinculados con los organismos internacionales y entre los políticos de los países desarrollados, se ha popularizado un lugar común: resulta muy conveniente convertir a la educación en la base del "desarrollo humano" y hablar de ella como si se tratara de la única condición para "mejorar" el "capital humano". Todo esto resulta convincente en la medida en que se disfraza de un lenguaje filantrópico y humanitario que muestra el interés de los países ricos en que los países "en vías de desarrollo", se eduquen, por lo menos, en lo concerniente a la alfabetización funcional.

Personeros del Banco Mundial por ejemplo, repiten incansablemente que en sólo dos décadas, 200 millones de jóvenes podrían completar una educación básica de nueve años en Latinoamérica. Así, quienes contribuyen al diseño y funcionamiento de la llamada "aldea global", han logrado que una población significativa del Tercer Mundo crea que su horizonte de vida va a cambiar substantivamente si adquiere una "educación" básica sobre la cual tienen la esperanza de formarse hasta niveles superiores. Por otra parte, los políticos se refieren a la lucha contra la pobreza, como al logro más significativo y como una labor encomiable desde todo punto de vista. Por esto es necesario que los países "subdesarrollados" se endeuden y efectúen cualquier gasto para "desarrollar " esta fundamental política educativa.

Aparte de los millonarios gastos que se han dado en Bolivia en el ETARE y posteriormente en la Reforma Educativa, gastos que han cambiado sin duda la situación económico social de una considerable cantidad de personeros vinculados por múltiples relaciones a quienes se encuentran temporalmente, "en funciones de gobierno"; aparte de este cambio sustantivo gracias a la educación, los resultados de deudas internacionales astronómicas casi en nada han servido para modificar la situación real de los supuestos destinatarios a nombre de quienes se realizaron tales políticas.

Pero consideremos el tema en sus aristas teóricas. El discurso en su versión más popular dice que la educación es vital para el "desarrollo nacional", hace que las personas sirvan productivamente a la sociedad, escapen de la pobreza y mejoren su calidad de vida. Para países del Tercer Mundo, permite que ingenieros y científicos inventen e innoven tecnologías, precautelándose las raíces culturales y sociales. La educación permite acceso a la salud, a la planeación familiar y a la protección de la ecología. También hace posible el "progreso", incrementa la inversión y aumenta el capital físico. Esta popular versión sobre la educación tiene sus raíces en los cambios ideológicos de los años sesenta, versión que hoy aparece unida indisolublemente al discurso sobre la globalización y el neoliberalismo: son estas condiciones históricas las que aparentemente no pueden ponerse en cuestionamiento. De este modo se hace imperativo trazar políticas educativas que los intelectuales repiten acríticamente y que tienen la virtud de encantar a los políticos estimulando que hagan promesas de superación del subdesarrollo.

Las raíces teóricas de esta posición van a contrapelo de la idea clásica de la economía, referida a que son los factores de producción los decisivos para incrementar el bienestar de la población. Según el premio Nobel de economía, Theodore Schultz, ahora lo decisivo es el conjunto de "adelantos en el conocimiento" para establecer la riqueza de la sociedad. En consecuencia, hay que invertir en educación, en formación, en servicios médicos y en todo lo que implique el "capital cognoscitivo".

La tesis central radica en que el capital humano es la causa para que el ingreso, el empleo, el crecimiento económico y la equidad social varíen proporcionalmente en relación a la inversión en dicho rubro: la tesis ve a las personas como "recursos" humanos. Siguiendo este razonamiento resulta fácilmente comprensible que para tales intelectuales la fuga de cerebros de los países "en desarrollo" signifique la imposibilidad de esas sociedades de aprovechar esos "recursos" con efectos tan deseables como la generación de empleo. Obviamente también resulta necesario que exista la mayor elasticidad del mercado de trabajo para que este "capital humano" no esté atado a los lastres de la adscripción sindical y tenga las mejores condiciones de competencia profesional.

En Estados Unidos, pese a que se ha desarrollado una formación profesional al parecer sin límites, contrariamente a la teoría de Schultz, dicho incremento no ha redundado en una mejor distribución de la riqueza. Actualmente, la desigualdad de tal distribución es similar a la de 1929. Por otra parte, en los países del Tercer Mundo, todo esto es sólo ideología para encubrir los verdaderos propósitos de las transnacionales y los organismos internacionales dirigidos hegemónicamente por un reducido grupo de países a la cabeza de Estados Unidos.

Lo que interesa al capital, respecto de la mayoría de la población latinoamericana, es preservarla en condiciones de empleo y vida precaria. A los capitalistas individualmente no les interesa que sus empleados vivan en las condiciones más miserables si es que existe una población lo suficientemente numerosa y lo convenientemente "educada", para aceptar salarios más bajos y para someterse sumisamente a las exigencias patronales. Ahora bien, en términos macroscópicos, esta población laboral de reserva que permite flexibilizar los derechos históricamente alcanzados gracias a la retórica del libre mercado y que se constituye en el factor de competencia que beneficia en última instancia, al capitalista,

cumple su función "productiva", no por la producción misma, sino por el beneficio que ésta ofrece al capital. En otras palabras, la educación debe servir para enriquecer más a los empresarios y capitalistas, tanto más cuanto mayor es el empobrecimiento de quienes le dan contenido creativo al trabajo y de quienes agregan valor al producto. Tal es la ideología de la globalización para países del Tercer Mundo.

Resulta obvio que los supuestos valores de "igualdad de oportunidades", ejercicio de la libertad individual y demás sandeces deban ser creídas en sociedades como la nuestra para que, por ese discurso, la globalización adquiera plausibilidad. Lo cierto es que, realmente, el único interés de personeros de instituciones como el Banco Mundial, cuando se aprueban créditos en beneficio de la educación, es para alfabetizar a una cantidad conveniente de jóvenes (alrededor de 80 mil en el subcontinente latinoamericano) para incrementar el ejército de desempleados que garantice la "división internacional del trabajo" antes referida.

Más aún, con las islas de empleo y las islas de conocimiento, con la maquila y la organización "globalizada" del trabajo, estas condiciones beneficiosas para el capital, se han hecho mundiales. Por ejemplo, por la misma actividad .de programación de software, una transnacional paga entre 1.200 y 1.500 \$us. a técnicos en la India, debiendo pagar entre 4.000 y 6.000 \$us. a los programadores estadounidenses.

Además las universidades de Estados Unidos han estado tradicionalmente comprometidas con la investigación científica dirigida por intereses políticos y militares. Así sucedió en el desarrollo de explosivos, técnicas de guerra psicológica, biológica y otras, además de innovación de gases y napalm en la guerra de Vietnam. Ahora, la John Hopkins University, por ejemplo, desarrolla tecnologías para la futura guerra cibernética. Decía que para el capitalismo lo importante hoy es contar con una población precaria lo suficientemente numerosas para garantizar la flexibilización laborar y la baja tendencial de los salarios. Esta población debe ser educada para el subempleo y constituir un caudal lo suficientemente fuerte para disminuir los salarios y lo suficientemente débil como para no alterar social ni políticamente el status quo. Si la educación que se le imparte garantiza estas condiciones, otros beneficios colaterales son también muy deseables. Por ejemplo, en Brasil, entre analfabetos funcionales, absolutos y la población de más bajo nivel de escolaridad, suman casi el 70% de los electores; esto redundo en que el despliegue monopolístico de la comunicación de masas, decida totalmente, con el más grande cinismo en la manipulación electoral, el triunfo o fracaso de los candidatos.

Tampoco es posible crear fuentes de trabajo para reducir el desempleo, eso afectaría directamente los intereses de capitalistas y empresarios. Es necesario mantener, según la división internacional del trabajo, las particularidades de cada ocupación. Para el siglo XXI, las previsiones efectuadas, más allá de los románticos cantos de sirenas de los futurólogos al estilo de Alvin Tofler, más allá de los interesados discursos que encubren las tendencias evidentes, resulta claro que hasta el 50% de la población económicamente activa del Tercer Mundo y hasta el 20% de los países desarrollados, necesariamente quedará en una situación de radical desempleo. Más aún, la cantidad de profesionales con una preparación superior, tenderá significativamente a disminuir.

Hoy se ha constatado que desde los años setenta se han desplazado trabajadores de la industria manufacturera como el acero, la industria automovilística, los equipos industriales, los textiles y la ropa, hacia los servicios. Este desplazamiento tiene importantes consecuencias para la educación; para trabajar en servicios, sólo hace falta algunas competencias, relacionadas con el manejo de computadoras, la atención al público, disponibilidad de trabajo en equipo y otras similares, entre las que no se debe prescindir el rechazo del trabajador a toda forma de sindicalización o participación gremial. Una buena formación básica en matemática y ciencias para el 70% de los puestos de trabajo en Estados Unidos en el próximo siglo, permitirá seguir este desplazamiento laboral/, cumpliendo "con excelencia" tales funciones. Pero lo más importante es lo siguiente: de lo constatado en los setenta, se ha visto que, en general, el cambio de rubro laborar ha ocasionado una drástica disminución de los salarios de los trabajadores. En consecuencia, el mito de la promoción laboral y el ascenso a los estratos privilegiados, resulta otra mentira más, inclusive para los obreros estadounidenses que se han depauperado progresivamente.

Obviamente, esa no es la situación para quienes trabajen en empleos de conocimiento, donde la preparación técnica y la ocupación especializada hacen que dichos puestos sean selectivos, restrictivos y según la verborrea neoliberal, "altamente competitivos".

Hoy se mide el desempleo de una forma que insulta la inteligencia de los intelectuales de países "subdesarrollados". La Organización Internacional del Trabajo establece en caso límite, que si una persona ha trabajado inclusive una hora en la última semana por una retribución monetaria e inclusive sin ella, no puede considerarse "desempleada", Con estos datos, nuestro país tiene poco menos del 7% de su población económicamente activa, "realmente desempleada". Pero si a esto se suma la población subempleada, la cifras son las más altas de todo el continente; llegan a casi el 75% de la población económicamente activa, frente al promedio de 38,3% de Latinoamérica.

Este porcentaje se ha establecido considerando el área urbana y rural, considerando el tiempo de trabajo que supera las 48 horas semanales, la falta de acceso a la seguridad social y a otros beneficios laborales, la carencia de contratos estables y otros aspectos que permiten definir el subempleo. Obviamente, para subemplear a alguien se requiere, por lo general, que tenga una educación básica de acuerdo a los estándares de nuestro país. En consecuencia, la educación primaria coadyuva a que se mantenga una población precaria que garantice las mejores condiciones posibles para la ganancia del capital.

Si, además, se toma en cuenta el incremento de la tasa de natalidad, la poca mortalidad y una creciente migración del campo, entonces se hacen cada vez más necesarios, el desarrollo de políticas de control de la natalidad (que se encubre detrás de programas de prevención contra enfermedades de transmisión sexual) y el interés de encontrar el punto de equilibrio para que la población precaria no adquiera los rudimentos ideológicos que la conviertan en un sujeto colectivo políticamente activo y en un peligro contra el *status quo* local; en definitiva, en contra del nuevo orden del mundo entero.

Existe total congruencia entre la pirámide ocupacional para el siglo XXI y la pirámide educativa. Sólo entre el 0,1% y el 0,3% de la población económicamente activa

latinoamericana, será formada al más alto nivel en instituciones privadas y del exterior, con una mínima intervención de establecimientos públicos. Su misión es, en realidad, irrelevante para el Primer Mundo, si trabajan allá o en la difusión de su ideología "globalizada", su *razón* de ser ha sido cumplida plenamente. Para esto, lo mejor es que las universidades norteamericanas ofrezcan los más rimbombantes títulos de especialización. En la medida en que esta élite intervenga en los países subdesarrollados como una *intelligentsia* que difunda la globalización, el neoliberalismo y se oponga a toda posición crítica, cumple la misión de caracterizar tales actitudes como "marginales" e "inviabiles". Además, qué mejor si es capaz de organizar programas académicos en beneficio del capital. Con esto, habrá retribuido con creces la "inversión" en ese "capital" humano.

En un estrato inferior, entre el 10 y el 15% de la población será formada en un nivel medio para cumplir funciones profesionales como técnicos que saben cómo obrar para el funcionamiento de los distintos sistemas. Las universidades privadas y públicas servirán a este propósito según los principios de competencia de mercado y según la pertinencia de demanda de ocupaciones.

Entre el 20 y el 30% de la población económicamente activa requerirá sólo una formación primaria y secundaria para cumplir las sugestivas labores de servicio a las élites locales y transnacionales. En la base de dicha pirámide, finalmente, entre el 45 y el 75% de la población -en nuestro país la cifra alcanza el 75% precisamente- está la población precaria, con formación primaria incompleta, población que representa la masa de empleos precarios, desempleados y lumpen proletariado. Es este estrato el que hace de los países latinoamericanos, el lugar donde se dan las brechas más profundas de distribución de la riqueza.

Hoy existen más de 40 millones de personas adultas en América Latina que no saben leer ni escribir y son el 15% de la población mayor de 15 años. Bolivia ocupa el primer lugar entre los países con mayor analfabetismo absoluto no porque no se haya "invertido" en este "capital", sino, porque las condiciones económicas y materiales hacen imposible cualquier intento de una alfabetización masiva, inclusive para incrementar la población desempleada de reserva. A esto se suman las características culturales de los pueblos tradicionales, que incluso en las poblaciones migrantes, rehacen y re-condicionan actitudes, prácticas y decisiones de vida, manteniendo gestos ancestrales contrarios al espíritu de la modernización.

Inclusive cuando se da una educación básica, no se toman en cuenta las peculiaridades culturales y las condiciones de aprendizaje con relación a la nutrición, la disposición psíquica y los requerimientos académicos. Sigue prevaleciendo un método frontal selectivo que enfrenta el profesor a un alumno promedio, con la finalidad de reducir la enseñanza efectiva y promover la deserción escolar.

En la mayoría de los estilos de enseñanza es recurrente la formación memorística basada en conocimientos superados que no se entiende para qué sirven. Los profesores, por lo general, no estimulan la creatividad, no valoran los conocimientos previos del alumno ni lo conducen de manera que ellos mismos construyan sus conocimientos, no los forman para la vida ni les muestran la utilidad práctica de los conocimientos. A esto hay que añadir la

privatización de la educación secundaria y superior, que se enmarca dentro de las condiciones de mercado establecidas, al parecer, definitivamente. Así, es previsible que al Estado se le impondrá un progresivo incumplimiento de sus obligaciones educativas.

Cabe preguntarse por qué, siendo ésta la situación real, los organismos internacionales como el Banco Mundial, enfatizan la educación e inclusive hablan, por ejemplo, de una formación "multicultural". Cabe preguntarse cómo es posible que teniendo, por ejemplo la UNESCO, elegantes discursos que refieren "aprender para la vida", "aprender a vivir con los demás", a cultivar valores de solidaridad y justicia; por qué la escuela no enseña en el trabajo, no tiende a la promoción humana ni a construir una sociedad en la que los individuos realicen sus intereses personales de manera integrada y equilibrada. Cabe preguntarse por qué si se supone que la educación permite la formación cognoscitiva, el desarrollo de la creatividad, la participación democrática y el crecimiento económico de los pueblos a través de la ciencia y la tecnología; por qué entonces se da una realidad de explotación, opresión y desigualdad como la antes descrita.

Sin duda un profesional de Ciencias de la Educación no va a resolver de manera macroscópica ni sistémica, estas interrogantes que son de carácter político. Sin embargo, creo que su deber, y tiene la posibilidad de cumplirlo en la medida que es también expresión de una formación contradictoria en un contexto universitario como el nuestro, radica en establecer creativamente, formas de denuncia de esta realidad. En la medida en que cada educador haga de su lugar de trabajo, el momento y la instancia en la que denuncia la instrumentación de la educación para la explotación, en cuanto motive en sus alumnos a una lectura crítica y comprometida de la realidad en la que él y los demás existimos, en cuanto forme valores de solidaridad efectivamente, de justicia y de fraternidad, sin gestos ensoberbecidos ni simulacros de falsa competencia, en cuanto haga de su mundo una totalidad de reflexión y acción, contribuirá a que la educación sirva como el más poderoso instrumento de la humanidad, porque al menos alguno de sus alumnos lo comprenderá y lo seguirá en esta aventura de ser un hombre íntegro y valiente en un mundo de autoritarismo, violencia y muerte. Para mí, esa es la misión del profesional de Ciencias de la Educación.